

Expandiendo nuestros horizontes conceptuales: el pasaje de una "vieja" a una "nueva izquierda" en América Latina en los años sesenta (1)

Eric Zolov*

Stony Brook University

N.Y., EEUU.

2008

En un reciente ensayo autobiográfico, el antropólogo y crítico cultural mexicano Roger Bartra ofrece un vibrante retrato de los embriagadores días de anti-imperialismo que siguieron a la invasión de Cuba patrocinada por los Estados Unidos, describiendo cómo para muchos jóvenes de clase media la cuestión de apoyar la revolución armada y la de explorar los valores bohemios de la contracultura se combinaban a la perfección. "La marihuana se ligaba al marxismo, las formas no convencionales de erotismo iban por el mismo camino que los guerrilleros. En mi casa nos reuníamos tanto los *beats* como los aspirantes a revolucionarios; los buscadores de paraísos artificiales como los que querían derribar sistemas opresivos" (Bartra, 2007:35) (2). Significativamente, Bartra se unió más tarde al Partido Comunista Mexicano, el cual, proclama, "me salvó de una rebeldía estéril, peligrosa e infantil" (ibid.: 37). Las reflexiones de Bartra, y en particular su énfasis en la fluidez entre las prácticas culturales y la ideología ("la marihuana se ligaba al marxismo"), junto a su posterior decisión de renunciar al estilo de vida bohemio para conducir a un proletariado (reticente, como más tarde se evidenció) a la acción revolucionaria, encierran una dimensión esencial pero escasamente tenida en cuenta de la historia de América Latina en la era de la revolución Cubana.

Por demasiado tiempo, la historiografía de América Latina ocupada de este período se ha centrado en cuestiones ligadas a la insurgencia revolucionaria y la contrainsurgencia, relegando a las políticas culturales a un segundo plano(3). Este enfoque está empezando a cambiar, sin embargo, con la emergencia de nuevos estudios que toman la sexualidad, la vida comunitaria, la moda, la música y otras prácticas de consumo como puntos de entrada para nuevas interpretaciones historiográficas de "la larga década de los sesenta"(4). Lo que en conjunto estos estudios revelan es que "la izquierda" en América Latina fue más diversa socialmente, más compleja ideológicamente y más comprometida con las políticas de la contracultura que lo que una historiografía más temprana estaba interesada en demostrar o era capaz de discernir(5).

Para captar esta riqueza, este ensayo propone una reinterpretación de la expresión "nueva izquierda" en la descripción de los movimientos sociales de la década de los sesenta en América Latina, como una vía para aclarar el contenido y el alcance de aquellos movimientos, y al mismo tiempo poner de relieve la dimensión transnacional de la protesta social y cultural durante este período. De hecho, en los últimos años se ha renovado el debate académico sobre la mejor manera de definir el concepto de una "nueva izquierda" en referencia a los Estados Unidos - un

término que se popularizó rápidamente en la década de los sesenta y es comúnmente utilizado para describir las movilizaciones sociales de la época. Uno de los teóricos centrales en esta discusión es Van Gosse, quien ha argumentado a favor de ver a la "nueva izquierda" como un "movimiento de movimientos", "una izquierda 'policéntrica' marcando el paso de una serie de movimientos sociales contingentes y superpuestos, cada uno con sus propios centros de poder, que se relacionaron entre sí a través de una serie de acuerdos estratégicos"(Van Gosse, 2002: 292) y (Van Gosse, 2005). Tal aproximación conceptual vincula entre sí prácticas en apariencia tan dispares como la lucha por los derechos civiles iniciada a mediados de los cincuenta, el surgimiento del nacionalismo negro y chicano y los movimientos de liberación de gays y feministas de los tempranos años de la década de los setenta. Con el fin de abordar la cuestión de la "nueva izquierda" en el contexto de América Latina, este artículo toma el caso de México en los años de los cincuenta, hallando en los recorridos paralelos de Ernesto Guevara y de los "beats" el tema del entrelazamiento entre la disciplina y la indisciplina, que se transformaría en una dinámica central de las políticas de la "nueva izquierda" en la década de los sesenta.

Redefiniendo a la "nueva izquierda"

En su uso por parte de latinoamericanistas, la expresión "nueva izquierda" carece de la amplitud conceptual con la que se la utiliza en los Estados Unidos. En efecto, el resurgimiento en los últimos años del concepto de "nueva izquierda" para referirse al actual giro político hacia la izquierda (en Venezuela y Bolivia, por ejemplo) pone quizás de manifiesto la debilidad del consenso sobre la especial relevancia del término para la década de los sesenta (Grandin, 2006), (Lomnitz). En referencia a las movilizaciones sociales de aquellos años, no existe para los historiadores latinoamericanos un término equivalente al de "nueva izquierda" tal como se lo utiliza para describir los sesenta estadounidenses o europeos, a pesar del hecho que, al menos en determinados contextos históricos, "nueva izquierda" fuera en aquél momento una frase adoptada por jóvenes e intelectuales latinoamericanos en formas que coincidían con su uso en los Estados Unidos(6).

Más recientemente, el concepto "nueva izquierda" ha comenzado a ser incorporado en trabajos históricos sobre el período, pero empleado en general en referencia a la acción política revolucionaria y al *foquismo*, no en el sentido conceptual más amplio utilizado en estudios historiográficos sobre los Estados Unidos. El importante trabajo de Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*, por ejemplo, define de manera sucinta a la "nueva izquierda" como una "voluntad para actuar"(Grandin, 2004: 15). Gilbert Joseph, en su Introducción a la recientemente publicada colección *In From the Cold: Latin America's New Encounters with the Cold War*, emplea la frase "bases de izquierda" ("grassroots Left"), el cual se acerca al enfoque de la definición más amplia que propongo. Sin embargo, en el mismo trabajo él adopta, también, la expresión "nueva izquierda" en el sentido de "[una] nueva generación de revolucionarios de

vanguardia" (Joseph, 2007: 23, 29). Tal vez la definición más explícita es la dada por Ricardo Melgar Bao, quien define la "nueva izquierda" abarcando a la multitud de movimientos revolucionarios que venían "glorificando la violencia [y] ... distanciándose de las tradiciones políticas de sus antecesores y opositores marxistas, reformistas o pacifistas"(Melgar Bao, 2006: 37).

El uso del término en este sentido estrecho de una "voluntad para actuar", sin embargo, no ofrece el espacio suficiente para la inclusión de prácticas que quedan fuera de la dicotomía revolucionario/contrarrevolucionario. De hecho, si tuviéramos que emplear el término de esta misma manera para describir lo ocurrido en los Estados Unidos durante el período, solo reflejaría el radical "ultraizquierdismo" que constituyera una simple hebra del más amplio "movimiento de movimientos" de la época(Elbaum, 2006). El problema con el uso en este sentido restrictivo del término por parte de los latinoamericanistas es doble. Por un lado, excluye a los vastos sectores de la juventud en gran medida de clase media que no tomaron parte directa en actividades armadas revolucionarias, pero que se vieron profundamente influidos por las tendencias culturales y políticas del momento. En segundo lugar, su estrechez ideológica no deja espacio interpretativo para referirse a las prácticas contraculturales encontradas en la misma izquierda, prácticas que han quedado silenciadas por el proceso histórico que ha tendido a subrayar la importancia primordial de la revuelta armada, por un lado y la represión militar, por el otro. En suma, es necesario extender nuestra comprensión conceptual de lo ocurrido en América Latina durante la década del sesenta, y un cambio en la terminología nos ayudará a lograr esa visión más amplia.

Los historiadores requieren de un marco revisionista que abarque los aspectos no-armados de los desafíos radicales a las normas políticas y sociales, prácticas contraculturales, nuevas sensibilidades estéticas, tendencias en el cine, la literatura, el teatro, la música, las artes, como también el impacto de la Teología de la Liberación - y enlace aquellos aspectos con procesos transnacionales, sin desagregarlos de los discursos y la proximidad de los movimientos revolucionarios violentos. En vez de ver la lucha armada - la "guerrilla heroica" - en contraposición a prácticas de consumo, en apariencia no revolucionarias, como la de los *jipitecas* mexicanos o *roqueros* latinoamericanos, deberíamos considerar a ellas como dos facetas de movimientos diversos y entrecruzados que confrontaron con el poder del Estado, por un lado, y con las normas patriarcales, por el otro. Como Bartra resume claramente: "En el refrigerador de mi casa había tanto cócteles Molotov como paquetes de marihuana. Lo mismo nos alistábamos para combatir en Cuba contra una invasión de Estados Unidos (los contrarrevolucionarios acababan de desembarcar en Bahía de Cochinos) que leíamos en voz alta la poesía del [poeta beat] Lawrence Ferlinghetti"(Bartra, 2007: 36-7).

En América Latina durante la década del sesenta, estar "a la izquierda" significaba claramente más que elegir entre las estrategias ideológicas en pugna de un viejo Partido Comunista basado en la aproximación prudente (en términos comparativos) de la Unión Soviética a

la transformación revolucionaria, y la más temeraria insistencia de China en la acción revolucionaria (a través de la de Cuba). Seguramente, desde la emergencia de la revolución cubana e inspirados por la posterior Revolución Cultural en China, numerosos fracciones "guevaristas", trotskistas, maoístas y otros grupos de ideología absolutista proliferaron a partir de los múltiples desprendimientos que se produjeron dentro de los diferentes partidos comunistas (y fuera de ellos). Al mismo tiempo, surgieron varias facciones radicales (como los Montoneros en Argentina o los Tupamaros en Uruguay) con dimensiones nacionalistas específicas que trascendían los objetivos utópicos que promovían. Sin embargo, sería tan profundo el error de presumir una comprensión de la dinámica interna y de la composición de estos grupos sobre la base de sus preferencias ideológicas, como lo sería el permitirles monopolizar la definición de la "nueva izquierda" en América Latina.

¿Dónde, pues, podríamos ubicar a los personajes astutamente irreverentes de la *Mafalda* de Quino, percibida con razón por el gobierno militar en Argentina como una amenaza subversiva, o los cómics de Eduardo del Río ("Rius"), secuestrado y amenazado por paramilitares de México a principios de la década de 1970? Ninguno de estos dibujantes pertenecían a la "nueva izquierda" según la estrecha concepción de la "voluntad para actuar", sin embargo, cada uno de ellos apoyó a la revolución cubana y a las políticas anti-imperialistas de la época. ¿Dónde, además, deberíamos ubicar al rock y a los movimientos contraculturales que surgieron en toda América Latina, cuyos participantes entraron en confrontación directa con la izquierda ideológica (que procuró censurar su estilo bohemio), a pesar del hecho de que la izquierda contracultural y la izquierda ideológica seguramente compartieron puntos de referencia en sus apoyos a los revolucionarios de toda América Latina y el mundo?

Tal vez deberíamos adoptar un enfoque conceptual similar al ejercido por Gosse en su descripción de la "nueva izquierda" en los Estados Unidos. ¿No sugiere la mera diversidad de prácticas sociales, políticas y culturales - que circularon alrededor de distintos movimientos, tanto formales como informales - que la izquierda en América Latina también se compuso de un "movimiento de movimientos" que compartían ciertos marcos de referencia comunes: apoyo a la revolución cubana, la condena de la guerra de EE.UU. en Vietnam, y el objetivo universal del socialismo (ya sea marxista-leninista o demócrata cristiano)? Esa aceptación y la ampliación de la definición del término "nueva izquierda" por parte de los latinoamericanistas ayudaría, además, a facilitar la profundización del diálogo historiográfico entre latinoamericanistas y americanistas que ha tenido lugar en los últimos años. Esto animaría a cada uno de estos campos a reconocer las dimensiones transnacionales y las interconexiones entre sus respectivas historias de la "nueva izquierda", respondiendo al mismo tiempo a la llamada a una mayor interdisciplinariedad dentro de sus respectivos campos de estudio (8).

De la "vieja izquierda" a la "nueva" en América Latina.

La emergencia de la "nueva izquierda" en América Latina es caracterizada en términos generales a través de importantes similitudes. A lo largo de la región, el legado de las coaliciones de frentes populares de la década de los treinta, en las cuales los partidos Comunista y Socialista dejaron de lado la meta de la lucha revolucionaria basada en el proletariado para colaborar en la más inmediata defensa contra el fascismo, se mantuvo en el período de post-guerra. Esto significó una continua visibilidad, sobre el final de la guerra mundial, y a lo largo del hemisferio para los movimientos políticos de izquierda vinculados con obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales—movimientos que, en general, consideraban a la Unión Soviética como un modelo exitoso de estado socialista. Con el inicio de la Guerra Fría, comenzaron los esfuerzos concertados por los Estados Unidos para prohibir al Partido Comunista en toda América Latina, con medidas que facilitaron la criminalización de la actividad política de izquierda en general y que -tras una breve "primavera democrática"- habilitaron una nueva consolidación de facciones conservadoras en casi toda la región (Rock, 1994), (Bethell, 1992) (9). En respuesta, elementos de izquierda procuraron recrear (o mantener, según las circunstancias) la posición estratégica de la "vieja izquierda", el frentismo popular, con discursos y acciones que eran inevitablemente canalizados según el prisma ideológico de la Guerra Fría (10).

En este contexto de endurecimiento de las posiciones políticas, durante el año 1956 la Unión Soviética sufrió una serie de golpes espectaculares que minaron su prestigio y su credibilidad internacional. A comienzos de ese año, en el Vigésimo Congreso del Partido, el nuevo primer ministro soviético Nikita Khrushchev dejó atónito al campo socialista con las denuncias al "culto a la personalidad" y a los numerosos abusos cometidos durante el régimen de Stalin, figura hasta entonces emblemática de la fuerza y el idealismo del sistema soviético. En aquel otoño la Unión Soviética invadió Hungría, en una violenta represión de una rebelión obrero-estudiantil contra el dominio soviético. Estos dramáticos puntos de inflexión rompieron con el apoyo incondicional de muchos participantes de la izquierda al comunismo soviético y sumergieron a los doctrinarios partidos comunistas en un estado de fluidez e incertidumbre.

Estéticamente, la "vieja izquierda" referenciaba directamente el imaginario de un caudillo heroico como figura capaz de conducir a las masas rumbo a la liberación: masculino, mestizo, estricto aunque generoso. Escribiendo sobre lo que llama "el monumentalismo", la sensibilidad estética que marcó los aspectos literarios y artísticos de la "vieja izquierda", Jean Franco sostiene que éste "refuerza el culto del artista, convirtiendo al arte en una especie de pedagogía y al público en alumnos obedientes" (Franco, 2002: 69). Sin embargo, un quiebre generacional estaba introduciendo velozmente actitudes y demandas cambiantes de parte de estudiantes, artistas e intelectuales deseosos de una forma diferente de socialismo democrático, algo menos autoritario, más transparente y, posiblemente, más cosmopolita culturalmente. Los valores culturales y las prácticas de consumo de esta generación más joven resultaban a menudo la antítesis de las

formas paternalistas, "desde arriba", de la política de izquierda que dominaba como legado del frentismo popular.

Por supuesto, la revolución cubana finalmente reemplazó la cautelosa lógica de construcción de coaliciones impulsada por la "vieja izquierda" en favor de las impacientes hazañas de la lucha armada revolucionaria, ejemplificadas por la estrategia del *foco* de los revolucionarios cubanos (Grandin, 2004). Pero reducir la idea de una "nueva izquierda" a tales términos hace perder de vista la imagen más amplia, la de un cambio generacional teniendo lugar en los ámbitos de la práctica cultural, del discurso y de la sensibilidad estética. "Del ethos utópico de los primeros momentos de la Revolución Cubana", escribe Diana Sorensen, "está emergiendo un valor aurático conectado con el lanzamiento de nuevas energías políticas, infundiendo un espíritu de un potencial vigorosamente creativo - e incluso estético" (Sorensen, 1993: 16). De hecho, alrededor de los tempranos años sesenta, el consenso de la "vieja izquierda" implosionaría tanto política como estéticamente. Eclipsado por portavoces más heterogéneos, culturalmente cosmopolitas y catalizados por el imperativo de la Revolución Cubana, por un lado, y desdeñosos de un liderazgo político patriarcal y autoritario, por el otro, los guardianes de la "vieja izquierda" descubrieron que el terreno cambiaba rápidamente bajo sus pies mientras se configuraba una forma de crítica política más irreverente, más colorida (literal y figuradamente) y simultáneamente más violenta.

Al centrarse en México, este ensayo analiza con mayor detalle el abandono de las formas de las políticas y prácticas culturales de la "vieja izquierda" hacia la aparición de lo que yo llamo una sensibilidad de "nueva izquierda", que llegó a ser común en toda América Latina entre mediados y finales de década del sesenta. México, me permito sugerir, es un ejemplo - aunque uno muy destacado por razones planteadas a continuación - de una trayectoria histórica similar en toda América Latina, que seguramente deberá ser confirmada en futuras investigaciones.

La cultura política mexicana en la década de 1950

Como enfatiza Stephen Niblo, al final de la Segunda Guerra Mundial las reglas del juego que habían gobernado México desde la década de 1930 habían cambiado fundamentalmente: la coalición socialista movilizada detrás del liderazgo del presidente Lázaro Cárdenas (1934-40) había sido eclipsada por una nueva coalición dentro del partido gobernante conformada en torno a la figura del presidente Miguel Alemán (1946-52), recientemente comprometida con el desarrollo capitalista y con más estrechas relaciones con los Estados Unidos (Niblo, 1999). México, país alguna vez percibido como una incubadora de ideas revolucionarias de vanguardia y un baluarte contra el expansionismo de EE.UU., para mediados de 1950 había cambiado drásticamente. El control absoluto del proceso electoral por parte del gobernante Partido Revolucionario Institucional (PRI) y la casi deificación de la posición presidencial facilitó la consolidación de una nueva economía política con garantías más claras a capitales nacionales y extranjeros, todo bajo la rúbrica ideológica de un rabioso anticomunismo (Servín, 2004). A menudo referido como

"presidencialismo," Daniel Cosío Villegas describiría luego al sistema político de México como uno dirigido por un "presidente que es en realidad un rey"; la política no era "hecha en la plaza pública, en el Parlamento o en los periódicos, en debates sensacionalistas o en controversias", se lamentaba Cosío Villegas, sino más bien a través de "la intriga cortesana"(Cosío Villegas, 1966: 34); (Zolov, 2006) (11). La virtual monopolización del PRI del discurso político y del proceso electoral le permitió al gobierno establecer las condiciones del debate público, mientras alternaba la represión o la cooptación de los que desafiaban la nueva orientación económica y política del régimen. Pese a las destacadas afirmaciones respecto a la estabilidad política de parte de turistas e inversores, las fisuras indicativas de una próxima división dentro de la coalición de la "familia revolucionaria" también estaban presentes. Bajo las presiones creadas por esta nueva orientación política conservadora, en el año 1958-59 - precisamente en el momento de despliegue de la Revolución Cubana - la compleja actuación de equilibrio ideológico ejercido por el gobernante Partido Revolucionario Institucional (PRI) estaba a punto de colapsar.

Para comprender el cambio de una "vieja izquierda" a una "nueva izquierda" de movilización social en México es central el intento llevado a cabo por figuras de la oposición de recrear la cobertura del liderazgo populista del ex presidente Lázaro Cárdenas. El persistente atractivo de Cárdenas como encarnación de una tradición revolucionaria nacionalista se hizo evidente en la controvertida elección presidencial de 1952, cuando, por primera vez desde 1940, el partido gobernante enfrentó un desafío político importante a su autoridad de parte de una coalición de izquierda. Liderados por el ex general Enrique Guzmán, quien se posicionó como heredero del mandato cardenista, los *henriquistas* se apropiaron libremente de la imagen de Lázaro Cárdenas en su propaganda política y "aseguraron a sus seguidores que el ex presidente apoyaba la candidatura de Henríquez", una afirmación que Cárdenas hizo poco por contradecir(Servín, 2001: 267). Tras la derrota de Guzmán en las urnas (en la que el fraude jugaría un papel fundamental) su movimiento se disipó; muchos de sus partidarios gravitarían hacia una segunda figura que también participó de las elecciones de 1952, Vicente Lombardo Toledano.

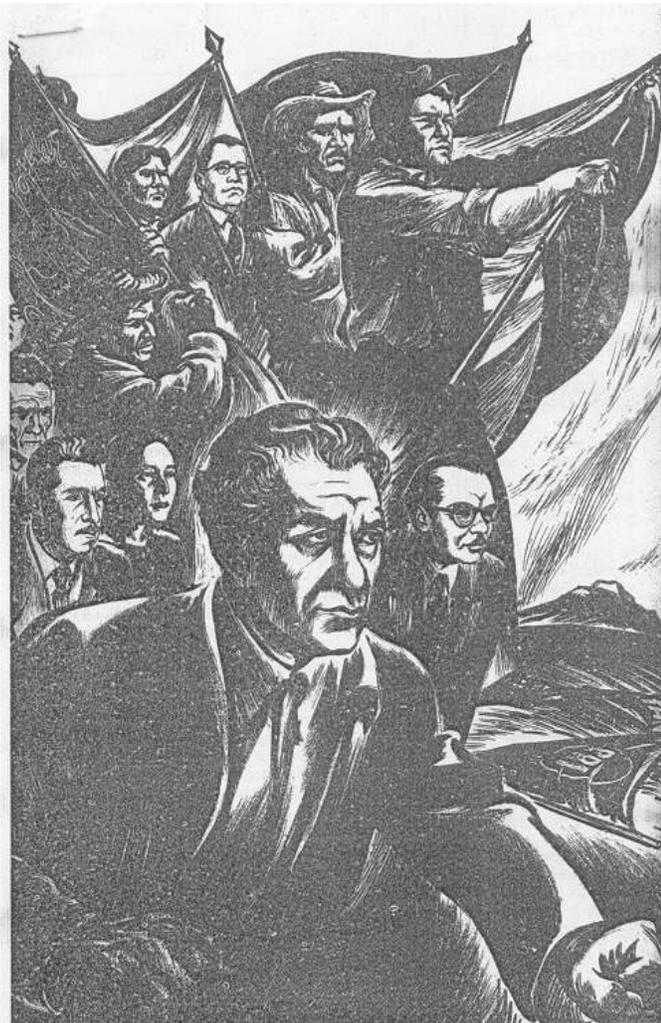
Toledano, quien coqueteó con unir sus fuerzas con las de Guzmán antes de decidir en última instancia presentarse por su cuenta, se postuló como candidato presidencial por el Partido Popular, una aglomeración de obreros, campesinos, intelectuales y grupos de estudiantes hostiles a la nueva dirección del partido gobernante. Toledano también podía reclamar una afiliación directa con Lázaro Cárdenas, ya que su participación había sido fundamental en la creación de la organización obrera oficial (la Confederación de Trabajadores de México, CTM) durante la época de Cárdenas, y había liderado a la CTM hasta ser marginado políticamente durante la reorientación conservadora del PRI después de la Segunda Guerra Mundial. Como resultado de la pérdida de su prestigio interno dentro del PRI, Toledano formó el Partido Popular en 1948 y en 1949 ayudó a fundar un movimiento sindical continental de izquierda, la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), convirtiéndose en su líder. Ambas plataformas fueron utilizadas por

Toledano para proyectarse como la persona mejor posicionada para recuperar el mandato socialista anteriormente abogado por el PRI bajo Cárdenas, a pesar de que, como Barry Carr señala, "la estampa autoritaria [de Toledano] era visible desde los primeros días del Partido Popular"(Carr, 1994: 332).

Después de las elecciones de 1952, en la que el candidato oficial del PRI (Adolfo Ruiz Cortines) fue rápidamente declarado vencedor, para muchos simpatizantes de izquierda Toledano era la emblemática personalidad heroica capaz de reorientar a México hacia la realización de los ideales revolucionarios de la nación. Bajo la dirección de Lombardo Toledano, el Partido Popular no sólo cobijó a los económicamente afectados por la nueva política económica del régimen (que favorecía a las clases media y alta sobre los trabajadores y el campesinado), sino que también halló eco en intelectuales y estudiantes descontentos con el acercamiento del PRI a los Estados Unidos y el virulento anticomunismo de las administraciones de Miguel Alemán y, más tarde, Ruiz Cortines, política manifestada a nivel local con la represión de disidentes y, en términos mas generales, con la condena a la Unión Soviética (12).

Las tensiones en este período entre una "vieja izquierda" que buscaba reafirmar su relevancia en la política mexicana y una "nueva izquierda" en gestación pueden descubrirse en el establecimiento de nuevos foros intelectuales desde mediados de la década en adelante. Uno de estos foros fue la revista *Problemas de Latinoamérica*, cuya orientación era explícitamente ideológica y asociada estética e intelectualmente con el discurso de la "vieja izquierda". Fundada en el contexto de la caída del izquierdista presidente guatemalteco Jacobo Arbenz, desde un principio *Problemas de Latinoamérica* fue explícitamente mordaz en su orientación política socialista, manifestada en la presentación de la revista. Por ejemplo, en una editorial escrita pocos días después de la caída de Arbenz, fue denunciada la vocación de los Estados Unidos de embarcarse en un "nuevo 'Destino Manifiesto', de naturaleza fascista", que "algunos miembros de este gobierno [mexicano], ya sea por temor o un cálculo cínico, oculto pero consciente, aconsejaban abrazar"(13). Contrapuesta a este cálculo estaba "la barricada de las masas populares, preparadas para sacrificarse hasta la muerte en defensa de la libertad"(14). Significativamente, la revista se convirtió en un vehículo para la exaltación de Lombardo Toledano y su Partido Popular. Los discursos de Toledano al partido eran reproducidos en su totalidad y su posición, por encima de todas las demás, se presentaba como la que podía unificar a la izquierda en "la lucha contra el imperialismo económico y político de los Estados Unidos, y la realización, finalmente, de una etapa del socialismo ya visible como un nuevo aura de bienestar y armonía en algo así como la mitad geográfica del mundo contemporáneo"(15). Una litografía del Taller Gráfico Popular (TGP), de orientación marxista, en la que se mostraba a Lombardo Toledano a la cabeza de un frente popular obrero-campesino-intelectual -mirando hacia adelante con audacia, descargando un puño cerrado de gran tamaño y proporciones heroicas sobre las banderas aplastadas del PRI y el PAN- encapsula nítidamente las esperanzas de recuperación de los

propósitos de la izquierda en las secuelas de la caída de Arbenz y el desafío a la dirección conservadora del PRI.



Vicente Lombardo Toledano, candidato presidencial y líder del Partido Popular (PP), se muestra al frente de una coalición al estilo de un resucitado Frente Popular, un "auténtico" movimiento revolucionario que no se dejaba desalentar por los partidos conservadores del PRI oficial y el PAN (representados a través de sus banderas caídas), en una litografía realizada por el Taller Gráfico Popular. Fuente: *Problemas de Latinoamérica*, vol. 2, n.º.9 (14 de julio de 1955), s.p.

Un segundo foro significativo, éste relacionado con una incipiente posición de "nueva izquierda", fue el Círculo de Estudios Mexicanos (CEM), una especie de "think tank" de izquierda fundado en octubre de 1954. El CEM produjo una revista (*Cuadernos del Círculo de Estudios Mexicanos*) y patrocinó diversas conferencias, la mayoría sobre economía política, cuyas presentaciones fueron publicadas posteriormente en la revista. A pesar de su orientación marxista, la ecléctica membresía del CEM sugería un esfuerzo por distanciarse de la influencia de cualquier orientación política determinada, una posición claramente establecida en la "Declaración de Principios" de la revista. Los miembros fundadores de este "círculo" incluían muchos de los destacados intelectuales públicos de la época. Por ejemplo, Cuauhtémoc Cárdenas (hijo de Lázaro Cárdenas) fue un miembro signatario, al igual que Fernando Benítez, Pablo González Casanova, Jesús Silva Herzog, y Leopoldo Zea. Otros nombres que pronto resultarían centrales en el pasaje

de la “vieja izquierda” a la “nueva izquierda” en la década de 1960 también estuvieron presentes: Manuel Marcué Pardiñas, Jorge Carrión y Jorge Tamayo. Aunque en la lista de fundadores del CEM resulta notable la ausencia de nombres luego identificados con la “nueva izquierda” emergente (como por ejemplo, Carlos Monsiváis, Carlos Fuentes, José Luis Cuevas, Elena Poniatowska), algunos individuos del consejo editorial de la CEM llevarían al Círculo de Estudios Mexicanos a nuevas orientaciones periodísticas, que inicialmente conducirían a *el espectador* - que jugó un papel central en la transición a una sensibilidad de “nueva izquierda” - y más tarde, bajo Marcué Pardiñas, a la creación de la revista *Política*, que llegó a encarnar los objetivos más violentos del espectro de la “nueva izquierda”(16).

El foro más conocido (y de mayor duración) fue la revista semanal *Siempre!* Con un compromiso con el pluralismo ideológico, *Siempre!* impulsó una discusión franca sobre México y su papel en el mundo, abriendo así un espacio vital para el debate sobre la identidad nacional y la dirección del Estado posrevolucionario, precisamente en un momento en que el país estaba entrando en una encrucijada crítica. En los inicios de la revolución cubana, *Siempre!* y, después de 1961 su suplemento cultural semanal, *La Cultura en México*, se convirtieron en foros de gran influencia para los intelectuales de “nueva izquierda” en los debates intelectuales, políticos y culturales centrales de la época: la identidad revolucionaria, el papel político de México a nivel internacional y los desafíos de vivir a la sombra de los Estados Unidos (17).

México, encrucijada de Las Américas

En el contexto de estos desarrollos políticos, la proximidad entre México y los Estados Unidos generaba un cruce único, fértil en imaginarios, estilos musicales e ideas que también resultaron fundamentales para la formación de una sensibilidad transnacional de “nueva izquierda”. La transmisión de estos valores culturales se vincula en parte con el flujo del turismo, pero también con las diversas comunidades de expatriados que echaron raíces al extremo sur de la frontera, ya sea como exiliados culturales y políticos huyendo de la represión del macartismo, o en la búsqueda *beat* de una comunidad ajena (“Otro”) (Belgrad, 2004), (Anhalt, 2001). La estabilidad política, una creciente infraestructura orientada hacia el turismo y un tipo de cambio favorable (el peso fue devaluado en 1953) fueron una bendición para los visitantes extranjeros, y lo que empezó como un goteo en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial se convirtió en un flujo constante de turistas en la década de los cincuenta (Zolov, 2001), (Berger, 2006). Estudiantes y aspirantes a estudiantes también cruzaron la frontera, muchos bajo el pretexto de la “ley GI” que financiaba generosamente la educación superior para los veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Para una época en que las expectativas de movilidad social ascendente, por un lado, y una rígida e irracional división racial, por otro, definían la vida en los Estados Unidos, México aparentemente ofrecía “otro mundo”: exótico, ligeramente peligroso y lleno de aventura.

Uno de los destinos centrales para estos jóvenes de América del Norte fue el Colegio de la Ciudad de México (CCM). La escuela atrajo a una amplia gama de estudiantes, algunos de los cuales (como James Wilkie) llegaron a convertirse en notorios académicos de la historia y la política mexicana(18). Entre los alumnos más famosos del Colegio de la Ciudad de México estuvieron también los escritores *beat* Allen Ginsberg y Jack Kerouac(19). Esta fue también una época en que la ciudad de México se convertía rápidamente en una metrópolis floreciente, y muchos de estos jóvenes americanos - imbuidos con la sensibilidad vanguardista de los *beats* - se sumergieron en la vibrante escena artística, musical y cultural que la capital tenía para ofrecer. "Para muchos de los veteranos y estudiantes del CCM con intereses intelectuales", tal como Richard Wilkie señala, "éste fue posiblemente el nuevo París, donde las ideas, el arte, la literatura y la revolución podían ser discutidos en los cafés, las tabernas, y en numerosas fiestas libertinas en las cuales podían encontrarse licores baratos y el "Oro de Acapulco" (i.e, la marihuana) (Wilkie: 92). La carretera Panamericana, recientemente terminada, fue un componente central de esta bohemia ya que vinculó la posibilidad de cruzar la frontera con esa identificación netamente estadounidense de la búsqueda de la libertad con el automóvil. Por lo tanto, no es de extrañar que Richard Wilkie y su hermano, James, viajaran hacia -y a lo largo de- México en coche, al igual que los personajes de *On the Road* (1957) de Jack Kerouac. En resumen, la ciudad de México se había convertido con rapidez no sólo en un destino fabuloso para los nuevos bohemios, sino en un lugar donde una nueva sensibilidad estaba por ser concebida.

Hay una extraña coincidencia en el hecho de que, aunque permanecieran desconocidos el uno del otro, a dos cuadras de donde los hermanos Wilkie alquilaban una habitación y en el mismo barrio donde también vivió Kerouac, el "Che Guevara estaba viviendo con su esposa de origen peruano. ..Su apartamento estaba al 40 de la calle Nápoles. ..cerca de la esquina con la calle Hamburgo en la Zona Rosa" (ibid.: 90)(20). De hecho, a menudo es pasado por alto en la discusión sobre la "nueva izquierda" que la revolución cubana fue puesta en marcha desde México y, quizás más importante, que fue en México donde el por entonces bohemio Ernesto Guevara descubrió su vocación revolucionaria y se convirtió en "El Che". La lucha personal de Guevara en torno a la auto-disciplina mientras estaba en México y su insistencia posterior en la necesidad de purgar la indisciplina en nombre del compromiso revolucionario constituyó, en general, una dinámica central de la década de 1960, encontrada en las feroces y muy frecuentes polémicas que estallaron sobre cuestiones referidas a los estilos y las prácticas de consumo de los jóvenes. Como acertadamente escribe Sorensen en su análisis del impacto de la revolución cubana y del Che Guevara para una nueva generación:

Si los santos de la revolución puritana estuvieron inspirados en el fervor religioso, el Che estaba imbuido de una emoción secular equivalente: profundamente idealista, intransigente, con una pasión privada por lo colectivo....La sensibilidad emergente de la

época encontró en el Che un repertorio de formas a través de las cuales una nueva identidad social masculina podía ser resuelta: menos impulsada por los relatos omniabarcativos del siglo americano, menos competitiva, más desafiante y hip, reacia a identificar la edad adulta con el desarrollo convencional, la carrera o el matrimonio (Sorensen, 2007: 27).

Por lo tanto, en la exploración de la transformación de Ernesto Guevara de bohemio errante en ícono del revolucionario heroico, nos encontramos también con un medio para explorar los temas centrales de una sensibilidad de "nueva izquierda".

Cuando Ernesto Guevara cruzó a México en el otoño de 1954 tras el derrocamiento de Jacobo Arbenz en Guatemala, inicialmente consideraba que su estadía allí sería una estación de paso para sus futuros viajes a Europa. Sin embargo, fue en México donde cristalizó su conciencia revolucionaria y sus divagaciones continentales tomaron un propósito concreto: unirse a la lucha revolucionaria en Cuba. Además, antes de su encuentro con Fidel Castro en la ciudad de México en julio de 1955, Guevara parecía más preocupado por escapar de las ataduras de la vida matrimonial y de la llegada repentina de la paternidad, las cuales parecían haberle caído un tanto al azar, que con cualquier compromiso con la política de la izquierda mexicana *per se*. Como escribe Jorge Castañeda en su biografía de Guevara, antes de su encuentro con Castro, Guevara era "esencialmente un vagabundo, un fotógrafo ambulante, un investigador médico mal pagado, un exiliado permanente y un esposo intrascendente; en una palabra un aventurero de fin de semana"(Castañeda, 1997:104). En efecto, los primeros diez meses de Guevara en México - país que para él se encontraba al final del "continente americano"(Guevara, 2002:3) (21) - se consumieron en gran medida en viajes de placer y contemplación ociosa, intercalados con la prosecución a medias de una carrera en medicina. Entre aburrido y agotado por los desafíos de la vida doméstica, por un lado, y por la lucha por llegar a fin de mes, por el otro, en sus escritos Guevara parecía muy ajeno al efervescente caldero de la actividad política mexicana. Para mediados de 1950, tal actividad indicaba un cisma cada vez más profundo dentro del cuerpo político de la nación en torno a la dirección futura del proyecto revolucionario - cisma que canalizó el talento intelectual y político de una nueva generación de críticos, muchos de los cuales llegaron a identificarse abiertamente con la política de la "nueva izquierda".

Fue una coincidencia, aunque no insignificante, que los viajes de Guevara se superpusieran directamente con los de otros dos grandes bohemios de la época, Jack Kerouac y Allen Ginsberg, quienes también veían a México, en el fraseo más tarde inmortalizado Kerouac, como "el fin de América"(Kerouac, 1957: 224) (22). El hecho de que México se convirtiera en un ignoto terreno para el encuentro de estos dos grupos muy diferentes (sin embargo, paralelos) de vagabundos clasemedios hablaba del lugar de ese país en el imaginario continental: como un cruce de las Américas, donde América Latina terminaba (o empezaba) y la América anglosajona—

yanqui—se cernía amenazante (o seductoramente). Por otra parte, nos obliga a considerar el papel jugado por México en la germinación de dos discursos modernistas que estaban en mutua tensión y que caracterizaron a la década de 1960 constituyéndose como dos facetas de la sensibilidad de "nueva izquierda": la disciplina auto-impuesta del "guerrillero heroico", por un lado, y el abandono de la disciplina por parte de la contracultura hippie - cuyas raíces se encuentran en los *beats* -, por el otro.

La doble faceta de la bohemia

En la descripción de los viajes de Guevara por México, su amigo argentino Ricardo Rojo indicó más tarde que Guevara tenía "el aspecto inconfundible de un estudiante universitario de vacaciones"(Taibo, 1997: 51). Sin embargo, fue escaso su interés o su capacidad para establecer relaciones con mexicanos de su misma edad. "En relaciones públicas sigo más o menos igual, sin haber hecho ninguna amistad, intelectual o sexual, que realmente valga la pena "(Guevara, 2000: 70) escribió en su diario a finales de 1954, a pesar de haber permanecido en el país durante varios meses. A diferencia de lo ocurrido en los otros lugares visitados en sus viajes por América Latina, en los cuales Guevara rastreó y fue presentado a diversas luminarias políticas (como Juan Bosch de República Dominicana y Rómulo Betancourt de Venezuela, sobre quien escribió extensamente en su diario), en México no se reunió con ninguna de las figuras intelectuales o políticas importantes de la época, ni dejó reflexiones sobre ellas. En un momento dado, menciona estar en búsqueda de "los González Casanova", seguramente una referencia a Pablo González Casanova (un sociólogo en ascenso de la Universidad Nacional y miembro del Círculo de Estudios Mexicanos), pero su interés es a medias y no parece haber realizado ningún seguimiento. Fundamentalmente, él consideraba a México como una plataforma de lanzamiento para su "gran salto a Europa y, si es posible, a China" (ibid.:154) más que como un campo de entrenamiento final de su experiencia revolucionaria. De hecho, en el momento en que llegó a México parecía prácticamente harto de la política, señalando en una carta a su madre que su objetivo "es Europa, y adonde tengo la intención de ir sea como sea" (ibid.:159).

Las divagaciones de Guevara durante su permanencia en México deben ser entendidas en términos de su bohemia natural y su lucha por la auto-disciplina. "[Yo] la ropa la lavo poco y mal y no me alcanza todavía para pagar lavandera" (ibid.:158) escribe en un momento dado, señalando que entre los caprichos de su pareja y sus problemas financieros " se acabó parte de la panza"(ibid.:68). Desde el principio, la relación con su prometida peruana, Hilda Galdea (a la que había conocido en Guatemala y quien le siguió hasta México), estuvo marcado por el dramatismo— en gran parte debido a la indecisión y los flirteos de Guevara. Aburrido, inquieto por las potenciales ataduras de la vida doméstica (una hija, Hildita, nació en México), y en una cada vez más insostenible situación de vivienda, escribe en un momento: "Tengo que irme de la casa y no sé bien a donde... estoy prácticamente en el aire en todo sentido"(ibid.:71). Al anticipar el cobro

de un cheque de la agencia de prensa argentina *Agencia Latina*, para la que Guevara trabajaba como fotógrafo a tiempo parcial, se manifiesta listo "para pagar algunas deudas, viajar por México, y luego largar todo al a la mierda"(ibid.:72). Reveladoramente, en una carta a su madre poco antes de su encuentro con Fidel Castro, Guevara escribe: "Creo que [los comunistas] son dignos de respeto y que tarde o temprano entraré en el Partido, lo que me impide hacerlo más que todo, por ahora, es que tengo una ganas bárbaras de viajar por Europa y no podría hacer eso sometido a una disciplina rígida"(ibid.:159).

México, en definitiva, le proveyó a Guevara la libertad de moverse, tal como lo hizo para los escritores beat y otros jóvenes de mente aventurera que cruzaron la frontera durante la década de 1950. Sin embargo, el impacto de México tuvo significados profundamente diferentes para estos dos grupos de vagabundos paralelos. Para Guevara, que podía asimilar la lógica cultural y política del país en el marco de la experiencia latinoamericana, México se convirtió en un campo de entrenamiento donde finalmente se resolvió su lucha contra la indisciplina. En cambio, para Kerouac (y otros), México se mantuvo en gran medida como una pantalla sobre la que proyectar y actuar sus fantasías de escape de la modernidad formal y rígida del "American Way of Life". México permaneció en el imaginario de los escritores *beat* y de los turistas contraculturales que siguieron a su paso, como un "otro"—inescrutable, exótico, transgresor. Así, con Guevara, uno puede vislumbrar en sus múltiples intentos por escalar el famoso volcán Popocatepetl un presagio de la rígida disciplina que se impondrá a sí mismo y a otros más adelante en su iniciativa de poner en marcha una revolución de alcance continental desde Bolivia. Por el contrario, en la descripción de su esfuerzo para subir las pirámides de Teotihuacan, Kerouac escribe: "Cuando llegamos a la punta de la pirámide encendí un cigarrillo de marihuana, para que todos pudiéramos conocer con nuestros sentimientos respecto al lugar."(García-Robles, 2000:105)

Encontrando la disciplina: el Che descubre su vocación

El encuentro de Guevara con Fidel Castro en julio de 1955 cambió todo. "...Un acontecimiento político es haber conocido a Fidel Castro, el revolucionario cubano, muchacho joven, inteligente", señala en su diario, "muy seguro de sí mismo y de extraordinaria audacia, creo simpatizamos mutuamente"(Guevara, 2000: 73) (23). Guevara, quien se relacionaba más con la heterogénea comunidad de exiliados latinoamericanos que con los mexicanos, había conocido a Fidel Castro a través del hermano menor de éste último, Raúl, con quien Guevara había socializado en varias ocasiones. Aunque de modo no enteramente azaroso, dada la tupida red de intercambios dentro de la comunidad de exiliados, el encuentro fue sin duda fortuito al proveerle a Guevara un sentido de misión y un propósito trascendente que claramente él había estado buscando. Igualmente importante, a través de Castro Guevara descubre el método por el cual se impondrá la auto-disciplina cuya carencia antes lamentaba. Es la disciplina de la preparación revolucionaria pero, más fundamentalmente, es un rechazo de la expresión bohemia, manifestada

en la anti-disciplina que había mantenido hasta ese momento. En una carta enviada a su madre varios meses antes de embarcarse en el *Granma*, el yate sobrecargado que lo llevaría hacia Cuba y su lucha revolucionaria, insiste firmemente aunque un poco a la defensiva: "En cuanto a tu llamado al moderado egoísmo, es decir, al individualismo ramplón y miedoso, ... debo decirte... que hice mucho por liquidarlo, no precisamente a ese tipo desconocido, menguado, sino al otro, bohemio, despreocupado del vecino y con el sentimiento de autosuficiencia por la conciencia equivocada o no de mi propia fortaleza"(ibid.:166). Afirmando su nueva identidad con un sentido de propósito misionero, firma esta carta por primera vez como simplemente "el Che"(24).

Mientras que para el Che, México se convertía en el lugar donde " el concepto del yo había desaparecido totalmente para dar paso al nosotros "(ibid.:166), para Kerouac y los beatniks México ofrecía la oportunidad del disfrute del "yo", de la creatividad y de la evasión de la responsabilidad social. La bohemia de Guevara fue reprimida en el imperativo de la auto-disciplina, a la que consideraba necesaria para la transformación revolucionaria. A su vez, su propio éxito en la represión de los excesos se convirtió en la base del "hombre nuevo" que emergería de la revolución cubana, y en la del "guerrillero heroico", un tropo central del componente radical de la "nueva izquierda" cuya causa anunciaría un futuro utópico a lo largo de las Américas. Como María Josefina Saldaña-Portillo elocuentemente expresa en su crítica de las premisas epistemológicas que subyacen a la trayectoria radical revolucionaria del "guerrillero heroico":

La representación de Guevara sobre la transformación revolucionaria "deja atrás" una conciencia previamente inmadura y cómplice, en pos de una totalmente formada, colectiva, similar a un modelo de desarrollo que "deja atrás" las formas pre-modernas de subjetividad y agencia por otras completamente modernas. Ambos modelos, invariablemente, "dejan atrás" la particularidad étnica de la subjetividad indígena y campesina, mientras que llevan adelante un entendimiento racial y machista de una agencia revolucionaria totalmente moderna (Saldaña-Portillo, 2003: 89).

En contraste, los "beats" (y más tarde, los hippies) se deleitaban con los estilos de vida basados en el exceso, que servían como estrategia para la subversión de las estructuras disciplinarias del tiempo, de la productividad y del consumo esenciales para el funcionamiento de la sociedad capitalista liberal. En la superficie, estas dos respuestas frente a los excesos parecían diametralmente opuestas. Sin embargo, en el contexto de la década de 1960, se fundieron como dos componentes paralelos de lo que estoy sugiriendo denominar una sensibilidad de "nueva izquierda", una sensibilidad que creía en el modelo del Che Guevara de transformación radical como base para la evolución social, al mismo tiempo que abrazaba una política de *diversión* como la única base imaginable para un futuro verdaderamente democrático(25).

El ocaso de la “vieja izquierda”

Varios meses después de que el Che saliera de México al inicio de la insurrección armada cubana, Lázaro Cárdenas recibió el "Premio Stalin de la Paz" en una ceremonia organizada por el Movimiento Mexicano por la Paz, rama nacional del Consejo Mundial de la Paz. Una multitud conformada por miles de personas se apiñaba para ver y escuchar al gran revolucionario mexicano. Un artículo publicado en *Excélsior*, describió la caótica escena: "La multitud superó varias veces el límite de ocupación, en cada asiento se ubicaban hasta tres personas, decenas de hombres y mujeres colgaban de las cortinas y las paredes del anfiteatro. Y extendiéndose desde las puertas de calle hasta la sala principal, una compacta masa expectante, entusiasta, seguía luchando por entrar"(26). El discurso de aceptación de Cárdenas fue breve. Señalando que "en la hora presente no hay una sola nación que no desee la paz y trabaje para su consolidación", el ex presidente denunciaba a la Guerra Fría mientras elogiaba la tradición no intervencionista de la nación mexicana (27). Cuando terminó, la ovación del público duró casi cinco minutos durante los cuales Cárdenas, fiel a su apodo, la "Esfinge de Jiquilpan", mantuvo un aspecto de absoluto hermetismo: "No se alteró ni un solo músculo de su rostro y sus labios permanecieron inmóviles, él nunca sonrió"(28). Fuera del teatro, necesitaría cerca de veinte minutos para poder llegar a su coche a través de la densa multitud adulatora.

El momento de la entrega del Premio de la Paz, sin embargo, resultaba irónico desde un punto de vista histórico, ya que coincidía con el comienzo de las denuncias del primer ministro soviético Nikita Khrushchev de los excesos de Stalin en el XXº Congreso del Partido Comunista, una conexión que resultó motivo de burlas de parte de algunos sectores de la prensa mexicana(29). Pero el momento era también políticamente simbólico, ya que ocurría en circunstancias marcadas por el declive de una vieja izquierda política, caracterizada por su aceptación del liderazgo socialista de la Unión Soviética, frente a la pujanza de una "nueva izquierda" política, irreverente, descentralizada y en última instancia configurada por el radicalismo juvenil desatado por la revolución cubana.

Si el impacto de la revolución cubana en los Estados Unidos "sentaba las semillas de una nueva sensibilidad"(Van Gosse, 1993: 52) que directamente configuraba el discurso emergente y las estrategias de una "nueva izquierda" política, el resultado para México fue inicialmente su contrario. Catalizados por la defensa de la revolución cubana, durante un breve período las figuras más identificadas con el enfoque de la vieja izquierda política movimientista, Lombardo Toledano y el ex presidente Lázaro Cárdenas, retornaron otra vez al centro de la escena. Toledano fue el líder indiscutible del recientemente rebautizado Partido Popular Socialista, cuyas "Brigadas Pancho Villa" lanzadas en defensa de la revolución cubana en ocasión de la invasión de la Bahía de los Cochinos inspiró a la juventud y a otros sectores de la clase trabajadora a lo largo del país. De mayor impacto resultó Cárdenas, quien ascendió al frente de una amplia coalición populista, el Movimiento de Liberación Nacional (MLN). El MLN fue en sí mismo fruto de una reunión del

Consejo Mundial de Paz, presidida por Cárdenas en Ciudad de México en 1961, y durante un breve periodo esta coalición pareció capaz de ligar el frente obrero-campesino de la “vieja izquierda” con una emergente sensibilidad de “nueva izquierda”, revitalizando—y revisando—así los principios democráticos y socialistas de la propia herencia revolucionaria mexicana(30). Explicaciones de la caída abrupta del MLN a fines de 1963 incluyen la represión política desatada por el PRI, junto con el oportunismo de Toledano y la cooptación de las dos figuras por parte del partido gobernante. Sin embargo, la falta de comprensión de este colapso es una clara muestra de cómo las nuevas fuerzas culturales y políticas también contribuyeron al debilitamiento de una política de coalición basada en un respeto incuestionable por esas figuras añejas del cuerpo político nacional.

Hacia una nueva historiografía sobre la “nueva izquierda”

No hay margen aquí para exponer una discusión más extensa sobre estas fuerzas sociales y culturales y cómo, en conjunto, constituyeron una “nueva izquierda” en el sentido conceptual más amplio que estoy proponiendo. Seguramente, existe una amplia oportunidad para investigaciones futuras. Lo que este ensayo ha tratado de establecer, sin embargo, es un croquis de la transición desde una “vieja izquierda” a una “nueva izquierda” en México, y para llamar especialmente nuestra atención sobre ciertos aspectos culturales de ese cambio enfocándonos en las políticas culturales de Guevara, por un lado, y de los "beats", por el otro. En Guevara, nos encontramos con la ansiedad y el sentimiento de ambivalencia que sentía hacia su propia vida bohemia, una indisciplina que finalmente decidió aplastar en búsqueda de un futuro utópico y revolucionario. Sin duda, tales reflexiones y su relato de transformación personal no eran "nuevas"; uno se imagina que muchos otros revolucionarios lucharon con preocupaciones similares(31). Pero la búsqueda del auto-descubrimiento de Guevara tendría un impacto más allá de su propia serie de creencias individuales, en tanto y en cuanto “el Che” significara la esencia del espíritu revolucionario de la "nueva izquierda" - su solidaridad tercermundista - y, para algunos sectores, su programa para la acción radical (Young, 2006); (Sorensen, 2007:cap. 1), (Gosse,1993), (Elbaum, 2006). Al mismo tiempo, y a la par de su transformación *interna*, la apariencia externa del Che incorporaba signos de una bohemia pronunciada - su "androginia revolucionaria"(Saldaña-Portillo, 2003:79)- manifestada en una irreverencia por las estructuras, jerarquías y normas patriarcales, central en las prácticas culturales de la “nueva izquierda”. México proporcionó el contexto en que la transformación de Guevara de bohemio en revolucionario pudiera ocurrir, mientras que al mismo tiempo el país nutría las aventuras de un conjunto muy diferente de bohemios, los “beats”, cuya indisciplina se mantuvo sin arrepentimiento. Para los movimientos revolucionarios y contraculturales que se extendieron no sólo a través de las Américas, sino a nivel mundial, estas facetas entrelazadas de una epistemología de la “nueva izquierda”—estructura y anti-estructura—eran características fundamentales de las agitaciones sociales de la época.

Para concluir, quisiera señalar algunos elementos de las fuerzas sociales y culturales que sugiero constituyeron una "nueva izquierda" en América Latina y cuyos contornos ya eran evidentes en México y en otros lugares en los tempranos 1960. Hubo, por ejemplo, una nueva cultura juvenil de clase media -que los medios de comunicación notoriamente apodaron *el rebeldismo sin causa*- que se apropió agresivamente del sonido y la estética de rock and roll estadounidense y que pronto se transformaría por el impacto de los Beatles y otras bandas británicas. Aunque en muchos aspectos este movimiento era una emulación directa de modelos extranjeros, al mismo tiempo afirmaba su postura de desafío a las jerarquías tradicionales como núcleo principal del nuevo estilo juvenil, intrínseca a su popularidad entre los jóvenes- y que la convirtiera en un anatema de la prensa conservadora (Zolov, 2002) (32). Una nueva irreverencia por la estética populista era también evidente en la caricatura política como señal de los vientos cambiantes del discurso político, mientras que en la literatura escritores como José Agustín y Carlos Monisiviáis estaban desarrollando un nuevo estilo en la escritura de ficción y de periodismo parecido al "nuevo periodismo" de los Estados Unidos. Tendencias similares eran evidentes en el cine, la moda y las artes gráficas. Como afirma Jean Franco, estos elementos de una nueva cultura de vanguardia— tan a menudo pasada por alto en nuestra discusión de la política latinoamericana de esta época—podía chocar, a menudo violentamente, con una vanguardia política que perseguía la transformación revolucionaria con seriedad devota. "La construcción de una nueva sociedad exigía disciplina, no ironía; trabajo duro, no un alocado estilo bohemio", señala Franco. Al incorporar el uso más inclusivo de la expresión "nueva izquierda" en nuestro vocabulario analítico, la búsqueda de una estricta autodisciplina evidente en la multiplicidad de movimientos revolucionarios (separados por su faccionalismo) que estallaron en todo el hemisferio puede ser vinculada a las igualmente innumerables prácticas culturales que evitaron una estrecha autodisciplina, aunque no el propósito de una estética revolucionaria, así que permitiendo acercarnos hacia una comprensión más completa de la "larga década del sesenta" y el impacto de esa era en el presente.

Notas

(1) La versión original de este artículo fue publicada en el año 2008 con el título "Expanding our Conceptual Horizons: The Shift from an Old to a New Left in Latin America" en *A Contracorriente*, Vol. 5, N° 2.

Nota original del autor: Franklin & Marshall College me proveyó de los fondos de viaje necesarios para apoyar la investigación y la escritura que condujo a este ensayo. Deseo agradecer a Van Gosse, Jaime Pensado, y Elisa Servín por sus comentarios sobre un borrador previo de este trabajo. Terri Gordon leyó y comentó generosamente diferentes versiones de este ensayo, desde sus etapas iniciales hasta la versión final, todo en medio de malabares de un hijo pequeño. Nota del autor actualizado: Agradezco el trabajo de Pablo Collado por la traducción al español de este

artículo. Las citas que habían sido traducidas del español al inglés fueron reemplazadas por sus referencias primarias, exceptuando algunos casos a cuyas fuentes originales no hemos podido acceder hasta el momento (p.e. aquellas pertenecientes a la revista *Problemas de Latinoamérica* o a algunos periódicos mexicanos). Hemos dejado intactas el resto de las notas al pie tal como aparecieron en la versión original, aunque deseo señalar al lector que desde entonces se ha avanzado bastante en la historiografía dedicada a este campo de estudios.

(2) Deseo agradecer a Carlos Aguirre por proporcionarme el ensayo de Bartra. Ver también las importantes memorias de Alberto Ulloa Bornemann (Ulloa Bornemann, 2007).

(3) Dos textos de prominente importancia son los de Stephen Rabe (Rabe, 1999) y Thomas C. Wright (Wright, 1991).

(4) El término "los largos sesenta" ha adquirido una amplia aceptación, a pesar de que la periodización a menudo varíe. Como señala Sorensen, "los 'sesenta' no representa una categoría cronológica estricta - las décadas de 1960 y 1970 - sino una heurística" (Sorensen, 2007: 215, fn. 2). Gosse ubica a "los largos sesenta" entre 1955-1975, una periodización que observa que otros historiadores de los Estados Unidos la han adoptado. (Van Gosse, 2005: 6.) Para América Latina, la cuestión de la periodización continua abierta y puede depender de cada país individual. Por ejemplo, Jaime Pensado empezaría los sesentas mexicanos con el movimiento estudiantil de 1956 en el Instituto Politécnico (comunicación personal). Yo sostendría que "los largos sesenta" deberían fecharse desde 1958 -con la malograda gira de la "Buena Voluntad" del vicepresidente Richard Nixon, la cual produjo un cambio en las políticas y en las percepciones de la relación entre Estados Unidos y América Latina - y la caída de Salvador Allende en 1973.

(5) Dos paneles recientes sobre los sesenta en la edición del 2008 de la Conferencia sobre historia de América Latina (Conference on Latin American History - CLAH) en Washington, D.C. sugieren las nuevas investigaciones en curso. De particular importancia resultan los trabajos de Francisco Barbosa, Elaine Carey, Patrick Barr-Melej, James Green and Natan Zeichner, Nelly Blacker-Hansen, Victoria Langland, Valeria Manzano y Jaime Pensado.

(6) Ver la tesis de Jaime Pensado, (Pensado, 2008), esp. cap. 5, "The Polarization of Student Politics Inside the University Following the Cuban Revolution" en el que se ocupa de varias publicaciones, incluyendo una llamada *Nueva Izquierda*, que funcionaron como foros de discusión de los temas implicados en la conceptualización más amplia que estoy sugiriendo.

(7) Para una importante discusión acerca del impacto del maoísmo en México y América Latina ver Matthew Rothwell (Rothwell, 2007) y su tesis en curso "Transpacific Revolutionaries: The Chinese Revolution in Latin America" (University of Illinois, Chicago).

(8) Ver (Levander y Levine, 2007), (Shukla y Tinsman, 2007) y el número especial de la *Radical History Review*, "Our Americas: Political and Cultural Imaginings" (Junio de 2004) del cual se originó este volumen; (Saldaña-Portillo, 2003); y (Sorensen, 1993)

Ejemplos más tempranos de un acercamiento transnacional incluyen a (Van Gosse, 1993), (Zolov, 2002), (Pacini Hernández, Fernández L'Hoeste y Zolov, 2004).

(9) El proceso subsecuente de Guatemala ejemplificó esta tendencia regional (Grandin, 2004).

(10) En particular, estoy pensando en el Concejo Mundial para la Paz y sus varias actividades en América Latina y a lo largo de Europa. Ver también "Introduction." en (Grandin, 2004).

(11) Irónicamente, el régimen presidencialista había sido institucionalizado bajo Lázaro Cárdenas, quien sentó las bases no sólo de la autoridad indisputable del presidente, sino sobre todo del monopolio del poder de parte del partido gobernante. Al anunciar a su sucesor político y suprimir el voto de la oposición en la elección de 1940, Cárdenas sentó el precedente de la política presidencial como un teatro político en el cual el resultado de las campañas estaba predeterminado.

(12) La situación de México era algo más compleja que otros países latinoamericanos ya que las tradiciones revolucionarias nacionales legitimaban abiertamente los discursos del nacionalismo radical. El Partido Comunista nacional (PCM), a pesar de ser uno de los más antiguos del continente, estaba también entre los más débiles. Plagado de luchas internas faccionalistas, el partido estaba inherentemente en desventaja en términos de atractivo político al haber sido fundado en directa competencia con la tradición nacionalista revolucionaria del país (Carr, 1992).

(13) Editorial, *Problemas de Latinoamérica*, vol. 1, no. 2, 16 de julio de 1954, 3.

(14) Ibid.

(15) Editorial, *Problemas de Latinoamérica*, vol. 2, no. 3, 15 de abril de 1955, 2.

(16) Para un análisis exhaustivo de *el espectador* y su relación con una emergente Nueva Izquierda ver Pensado, Jaime "The Polarization of Student Politics Inside the University". op. cit.

(17) Para trabajos sobre la importancia de *Siempre!* ver (Mraz, 2001: 116-57); (Zolov, "Graphic Satire.") Para una discusión sobre el debate intelectual y el rol de foros como *Siempre!*, ver (Volpi, 1998); y (Cohn, 2006).

(18) La mejor historia del colegio se encuentra en el ensayo de Richard W. Wilkie (Wilkie, 2006).

(19) De todos los Beats, Kerouac tenía la mayor experiencia en vivencias y travesías en México, a pesar de su "sensación ambivalente" sobre el país, como ha señalado Gunn, su inmersión fue significativa. El llegó por primera vez en 1950, bajo la reorientación conservadora de la política económica mexicana del presidente Miguel Alemán, y entraría y dejaría el país en varias ocasiones durante los siguientes seis años. (Wayne Gunn, 2006) Ver también (García-Robles, 2000).

(20) Ver también (García-Robles: 90).

(21). N.A. actualizado: Curiosamente, la versión original de los diarios y cartas de Guevara publicados con el título *Otra vez: el diario inédito del segundo viaje por América Latina, 1953 - 1956* (Guevara, 2000) no incluye esta frase. La cita aquí utilizada fue extraída de la versión traducida al inglés. A pesar de no poder comprobar con exactitud las palabras de Guevara, se trata de una

frase verosímil que sugiere muy bien el imaginario de México como terreno de cruce de las Américas.

(22) No fueron sólo los escritores Beats los que viajaron por México durante este período - William Burroughs, quien tristemente matara a su esposa durante su estadía en la ciudad de México, fue otro - pero fueron los emblemas de una época.

(23) Para una discusión acerca de este encuentro ver (Castañeda, 1997: 112-115); (Taibo II, 1997: 53-4).

(24) Castañeda escribe que Guevara obtuvo el apodo "Che" en Guatemala, "En su arcón de viaje cargaba un último recuerdo de Guatemala: el apodo que los guatemaltecos y demás amigos de las tertulias y la derrota le habían impuesto por su nacionalidad y su modo de hablar: el Che" (Castañeda, 1997: 103). Taibo, por su parte, señala que fue durante sus días de entrenamiento mexicanos que surgió el apodo: "[E] intercalaba su conversación con *che*, usado de la manera en que los mexicanos usan hombre, y llamaba a todos *Che*. Los cubanos encontraban a esto divertido y lo apodaron Che" (Taibo, 1997: 67).

(25) Para una discusión fascinante sobre "las políticas de la diversión" en la Cuba revolucionaria ver (Moore, 2006), cap. 4 "Dance Music and the Politics of Fun"

(26) Manuel Becerra Acosta, Jr., "No hay país que no busque la paz,' declara Cárdenas," *Excélsior*, 27 de febrero de 1956. 1A

(27) Ibid.

(28) Ibid. Jiquilpan era la ciudad de nacimiento de Lázaro Cárdenas, en el estado de Michoacán.

(29) En una caricatura de Arias Bernal, por ejemplo, un personaje que aparecía leyendo un periódico con la fotografía de Cárdenas bajo un título sobre las revelaciones de Khrushchev señalaba a su amigo que el premio estaba "un poco devaluado". Arias Bernal, "Tardío," *Excélsior*, 27 de febrero de 1956, 7A. El Vigésimo Congreso del Partido fue sostenido del 14 al 26 de febrero de 1956.

(30) Para una discusión sobre el impacto de la Revolución Cubana en la cultura política mexicana a comienzos de los años 1960 y en particular el rol de Lázaro Cárdenas y el MLN ver (Zolov: 2007).

(31) Saldaña-Portillo argumenta que la transformación personal del Che se dio durante la lucha de guerrillas en Cuba, aunque yo observaría que su origen en México debería también ser considerado. Ver su excelente aporte en *The Revolutionary Imagination*.

(32) Para un estudio sobre el impacto de la música de rock en otras partes de América Latina y la emergencia de contraculturas juveniles en los sesenta, ver (Pacini Hernandez et. al., 2004).

Bibliografía

Carr, Barry. 1994. "The Fate of the Vanguard under a Revolutionary State: Marxism's Contribution to the Construction of the Great Arch" en Joseph, Gilbert y Nugent, Daniel eds. *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*. Durham: Duke

University Press.

Anhalt, Diana. 2001. *A Gathering of Fugitives: American Political Expatriates in Mexico, 1948-1965*. Santa Maria, CA: Archer Books.

Bartra, Roger. "Memorias de la contracultura". Noviembre de 2007. *Letras Libres*.

Belgrad, Daniel. 2004. "The Transnational Counterculture: Beat-Mexican Intersections" en Skerl Jennie, ed. *Reconstructing the Beats*. New York: Palgrave Macmillan, p. 27-40.

Berger, Dina. 2006. *The Development of Mexico's Tourism Industry: Pyramids by Day, Martinis by Night*. New York: Palgrave Macmillan.

Bethell, Leslie. 1992. *Latin America Between the Second World War and the Cold War, 1944-1948*. New York: Cambridge University Press.

Carr, Barry. 1992. *Marxism and Communism in Twentieth-Century Mexico*. Lincoln: University of Nebraska Press.

Castañeda, Jorge. 1997. *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*. Buenos Aires: Espasa Calpe.

Cohn, Deborah. 2006. "The Mexican Intelligentsia, 1950-1968: Cosmopolitanism, National Identity, and the State". *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Número 21:1.

Cosío Villegas, Daniel. 1966. "Politics and Mexican Intellectuals" en MacDonald, H. Malcolm ed. *The Intellectual in Politics*. Austin: University of Texas Press.

Elbaum, Max. 2006. *Revolution in the Air: Sixties Radicals turn to Lenin, Mao and Che*. Londres: Verso.

Franco, Jean. 2002. *The Decline & Fall of the Lettered City: Latin America in the Cold War*. Cambridge: Harvard University Press.

García-Robles, Jorge. 2000. *El disfraz de la inocencia: La historia de Jack Kerouac en México*. Mexico City.

Grandin, Greg. "Latin America's New Consensus". 2006, 5, 1. *The Nation*.

Grandin, Greg. 2004. *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*. Chicago: University of Chicago Press.

Guevara, Ernesto. 2000. *Otra vez: el diario inédito del segundo viaje por América Latina, 1953 - 1956*. Buenos Aires: Sudamericana.

Guevara, Ernesto. 2002. *Back on the Road*. New York: Grove Press.

Joseph, Gilbert. 2007. "What We Now Know and Should Know: Bringing Latin America More Meaningfully into Cold War Studies" en Joseph, Gilbert y Spenser, Daniela, eds. *In From the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War*. Durham: Duke University Press.

Kerouac, Jack. 1957. *On the Road*. New York: Viking Press.

Levander, Caroline F. y Levine, Robert S., eds. 2007. *Hemispheric Americas Studies*. New Brunswick: Rutgers University Press.

Lomnitz, Claudio. "Latin America's Rebellion: Will the New Left Set a New Agenda?". *Boston*

Review. Accedido el 25 de septiembre de 2007, <http://bostonreview.net/BR31.5/lomnitz.html>

Melgar Bao, Ricardo. 2006. "La memoria sumergida. Martirologio y sacralización de la violencia en las guerrillas latinoamericanas" en Solano, Verónica Oikión y García Ugarte, Marta Eugenia. eds. *Movimientos armados en México. Siglo XX*, Vol. 1. Zamora, Mich.: El Colegio de Michoacán/CIESAS.

Mraz, John. 2001. "Today, Tomorrow, and Always: The Golden Age of Illustrated Magazines in Mexico, 1937- 1960" en Joseph, Gilbert, Rubenstein, Anne y Zolov, Eric, eds. *Fragments of a Golden Age: The Politics of Culture in Mexico Since 1940*. Durham: Duke University Press.

Niblo, Stephen. 1999. *Mexico in the 1940s: Modernity, Politics and Corruption*. Wilmington, DE: Scholarly Resources.

Pacini Hernández, Deborah, Fernández L'Hoeste, Héctor y Zolov, Eric, eds. 2004. *Rockin' Las Américas: The Global Politics of Rock in Latin/o America*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Pensado, Jaime. "Student Resistance, Political Violence and Youth Culture in Mexico City, c.1867- c.1965: A History of the Antecedents of *Porrismo*". Ph.D. University of Chicago, 2008.

Rabe, Stephen. 1999. *The Most Dangerous Area in the World: John F. Kennedy Confronts Communist Revolution in Latin America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press

Rock, David. 1994. *Latin America in the 1940s: War and Postwar Transitions*. Berkeley: University of California Press.

Rothwell, Matthew. "Transpacific Revolutionaries: The Creation of Mexican Maoism" en *New World Coming: The Sixties and the Shaping of Global Consciousness*. Junio de 2007. Canada: Queen's University, Toronto, p. 13-16.

Saldaña-Portillo, Maria Josefina. 2003. *The Revolutionary Imagination in the Americas and the Age of Development*. Durham: Duke University Press.

Servín, Elisa. "Propaganda y Guerra Fría: la campaña anticomunista en la prensa mexicana del medio siglo" en *Signos Históricos*. Número 11. Enero-Junio de 2004.

Servín, Elisa. 2001. *Ruptura y oposición: El movimiento henriquista, 1945-1954*. Ciudad de México: Cal y Arena.

Shukla, Sandhya y Tinsman, Heidi eds. 2007. *Imagining Our Americas: Toward a Transnational Frame*. Durham: Duke University Press.

Sorensen, Diana. 2007. *A Turbulent Decade Remembered: Scenes from the Latin American Sixties*. Stanford: Stanford University Press.

Taibo II, Paco Ignacio. 1997. *Guevara Also Known as Che*, Nueva York: St. Martin's Press. Traducido por Martin Michael Roberts.

Ulloa Bornemann, Alberto. 2007. *Surviving Mexico's Dirty War: A Political Prisoner's Memoir*, traducida y editada por Arthur Schmidt and Aurora Camacho de Schmidt. Philadelphia: Temple University Press.

Van Gosse. 1993. *Where the Boys Are: Cuba, Cold War America and the Making of a New Left*. Londres: Verso.

Van Gosse. 2002. "A Movement of Movements: The Definition and Periodization of the New Left" en Agnew, Thomas C. y Rosenzweig, Roy, eds. *A Companion to Post-1945 America*. Londres: Blackwell.

Van Gosse. 2005. *Rethinking the New Left: An Interpretative History*. Nueva York: Palgrave/Macmillan.

Volpi, Jorge. 1998. *La imaginación y el poder: Una historia intelectual de 1968*. Mexico City: Biblioteca Era.

Wayne Gunn, Drew. 2006. "The Beat Trail to Mexico" en Bloom, ed. *Adventures into Mexico: American Tourism Beyond the Border*. Rowman & Littlefield, p. 88-115.

Wilkie, Richard W. 2006. "Dangerous Journeys: Mexico City College Students and the Mexican Landscape, 1954-1962" en Nicholas Dagen Bloom, ed. *Adventures into Mexico: American Tourism Beyond the Border*. Rowman & Littlefield, p. 88-115

Wright, Thomas C. 1991. *Latin America in the Era of the Cuban Revolution*. Praeger.

Young, Cynthia A. 2006. *Soul Power: Culture, Radicalism, and the Making of the U.S. Third World Left*. Durham: Duke University Press.

Zolov, Eric. 2001. "Discovering a Land 'Mysterious and Obvious'" en Joseph, Gilbert, Rubenstein, Anne y Zolov, Eric, eds. *Fragments of a Golden Age: The Politics of Culture in Mexico Since 1940*. Durham: Duke , p. 234-72.

Zolov, Eric. 2002. *Rebeldes con causa: La contracultura mexicana y la crisis del estado patriarcal*. México, D.F.: Editorial Norma. (Edición en inglés, 1999).

Zolov, Eric. 2006. "The Graphic Satire of Mexico's Jorge Carreño and the Politics of Presidentialism During the 1960s". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina* Número 17:1, p. 13-38

Zolov, Eric. 2007. "¡Cuba sí, yanquis no!: The Sacking of the Instituto Cultural México-Norteamericano in Morelia, Michoacán, 1961" en Joseph, Gilbert y Spenser, Daniela, eds. In *From the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War*. Durham: Duke University. p. 214-52

***Eric Zolov** es Doctor en Historia (Universidad de Chicago, 1995) y Profesor de Historia Latinoamericana, Stony Brook University, Nueva York.

Traductor: Pablo Collado